

En el **jardín**
Enrique Jaramillo Levi

loqueleg

*Para mis queridas hijas Tatiana, Arabelle y Ornella,
y para mi hijo Enrique;
así como para mis nietos Isaac, Aarón, Mateo y Abby,
con todo mi amor.*

Prólogo

I

9

El mundo de la creación literaria suele ser un ámbito subjetivo, fascinante sin duda, que a veces, con suerte y talento, logra romper esquemas de indiferencia e inmovilidad social y permear las conciencias y los corazones de lectores inteligentes y, sobre todo, sensibles. El cuento, dentro de este encuadre, ocupa un sitio de privilegio por su condición de síntesis, de concentración extrema y, a la vez, de apertura artística singular hacia mundos que van desde el más crudo realismo ligado a la cotidianidad hasta los vuelos más osados en que lo fantástico se toma la plaza de sucesos y ambientes, no pocas veces a través de técnicas literarias especiales o de recursos propios de la poesía.

En las letras panameñas, desde la publicación de *Horas lejanas*, de Darío Herrera, en el Buenos Aires de 1903 (primer libro de cuentos de un autor nacional), hasta el actual auge sorprendente de este género literario, el cuento ha dominado, junto con la poesía, el panorama nacional.

II

10

Este libro —*En el jardín*— más que una simple antología, es en más de un sentido una suerte de híbrido. Primero, porque reproduce cuentos tomados de diversos libros míos hoy agotados (hay que consignar, por ejemplo, que los primeros trece cuentos originalmente formaron parte de mi libro *Una flor entre las grietas*. Piggy Press, Panamá, 2011, obra agotada hace años) los cuales a su vez fueron tomados de libros anteriores. Pero, también, porque rescata una modalidad de escritura de ficción breve que he cultivado mucho menos que otros temas: el de la literatura juvenil, que sin embargo puede ser perfectamente disfrutada también por lectores adultos porque es la experiencia humana que en ellos subyace, junto con el despliegue de la imaginación y el oficio escritural, lo que priva en estos textos narrativos. Además, combina los cuentos en un orden caprichoso pero lúdico, que busca conciliar y complementar tanto áreas de experiencia como vuelos imaginativos. El afán de creatividad, en resumen, es el único eje organizador de este compendio de veinte cuentos breves de mi autoría.

III

He escrito una enorme cantidad de cuentos (cerca de novecientos, desde 1964), pero muy pocos tienen como protagonistas a niños o jóvenes. Y en estos, para bien o para mal, los presento casi siempre desde la perspectiva de un adulto que para narrar se vuelve joven tratando

de reflejar vivencias e imaginaciones acordes con la edad de los personajes. Puede ser a través de la memoria, de la imaginación, o ambos; también, como testigo de las cosas que le ocurren a gente muy joven con la que se tiene una relación de algún tipo.

A aquella antología publicada por Piggy Press en 2011 la llamé *Una flor entre las grietas*, nombre de uno de los trece cuentos reunidos que tenían esas características, los cuales fueron rescatados de entre mi amplia producción cuentística y buscaban poner de relieve esa pequeña parcela de mi obra narrativa.

11

Aunque tuve una niñez placentera y una juventud feliz, no he podido evitar que haya una tristeza subyacente en la mayor parte de esos cuentos, como sin duda la hay en gran parte de mi obra de ficción. Supongo que el hecho de que inevitablemente la vida termine tarde o temprano en enfermedad y muerte, marca negativamente mi visión de mundo, incluido el de mis personajes jóvenes, particularmente sensibles e imaginativos. Pero en cualquier caso, en ellos trato de reivindicar siempre la dignidad humana, la valentía, la solidaridad y la nobleza como virtudes redentoras, así como procuro que a estos textos los recorra un generalizado y permanente hálito de noble poesía.

En este sentido, sin duda, el cuento que le daba título a aquella edición, “Una flor entre las grietas”, escrito apenas en enero de 2011, pone de relieve dos grandes cualidades humanas encarnadas en el protagonista: una sana curiosidad por los fenómenos de la existencia,

que conlleva una defensa de las más humildes formas de vida; y a la vez el poder vital de la Esperanza como una manera de sobrevivir a la adversidad y la derrota.

12 Mi primer libro de cuentos, *Catalepsia*, lo publiqué en 1965, a los 21 años, pero había empezado a escribir a los 16 y a publicar a los 17. Desde entonces mi fascinación con la escritura, y con el cuento en particular, no ha conocido tregua, si bien también soy decididamente poeta y ensayista. A veces, cuando un escritor llega a una edad como la que con el favor de Dios hoy tengo —72 años—, conviene hacer balances y seleccionar con el mayor rigor posible lo que se estima más representativo o mejor de la producción personal en cada género literario cultivado; y al hacerlo, organizar los textos por temas, estilos, épocas de creatividad o actitudes vitales. Eso hago en esta muestra con aquellos trece cuentos y con otros siete que ahora agrego para formar una obra distinta, más proteica y vital.

IV

He titulado este libro con el nombre de uno de mis cuentos favoritos: “En el jardín”, que integra la segunda parte del mismo. En él, la experiencia humana adquiere otra dimensión, bastante siniestra, cuando lo sobrenatural irrumpe y desquicia la realidad.

A mi juicio —también soy profesor de literatura— los veinte cuentos de esta obra pueden resultar una lectura no solo amena y variada, sino anímica e intelectualmente emocionante para adolescentes cuya experiencia vital

sin duda habrá de explayarse al entrar en cada uno de estos mundos subyugantes, contruidos con fervor por el escritor que soy. Y espero que esta experiencia, más allá de lo puramente didáctico, logre enriquecer la imaginación de los estudiantes, propiciar que se amplíe casi mágicamente, como ocurre con las obras de arte que dan en el blanco dúctil que suele ser la sensibilidad del receptor. Así sea.

E. J. L.

Panamá, 24 de marzo de 2017

Primera parte
Una flor entre las grietas

La cueva

Un perro blanco con manchas negras orinaba junto a la vitrina. Al otro lado del cristal, las mercancías eran formas que se distorsionaban. Abrí la puerta y cuando quise entrar tuve la impresión de que me tragaría una gran boca oscura.

17

Me recibió mi gata. Sus ojos bizcos me miraron mansos a la vez que arqueaba el lomo. Luces amarillas, azules y blancas danzaron alrededor mío sin razón aparente. Respiré profundo. De las paredes se desprendía el familiar olor a incienso y fragancias de pino. Mi padre atendía a un cliente desde su puesto habitual tras el mostrador. Hablaban de negocios, creo.

Seguí de largo.

Tras recorrer el pasillo flanqueado por viejos baúles inservibles, entré en la cueva. Así llamaba yo a ese sitio extraño y fascinante que me cautivó desde pequeña. Papá guardaba toda suerte de cosas raras allí. Cada vez que entraba me parecía que los cocodrilos disecados me miraban protestando por su destino inmutable. El caballito gris

de la pata rota se movió saludándome desde su rincón de telarañas. Una brisa leve que se colaba por la claraboya meció el bacalao que colgaba con un alambre del bajo techo. Arranqué un pedazo de aquella piel seca y lo masqué para extraerle la sal de piratas.

Penetré más aún en la oscuridad de la cueva. A medida que presentía sombras desplazándome hacia el fondo, se fueron soltando los miedos que traía amarrados. Vagas sensaciones me recorrían toda. Me detuve al oír un chirrido.

18

Alambres retorcidos configuraban amenazantes siluetas que surgían de cajas torpemente almacenadas. De remotos frascos salían rancios olores de perfumes que no demoraron en marearme. Algo sinuoso rozó mis pies descalzos y se perdió entre las sombras.

Di un paso atrás. Tropecé. Sentí enrollarse una serpiente cascabel en mis tobillos. Grité echando a correr. Rodé por el suelo. Me levanté dando tumbos con el corazón en la boca. Entonces me recibió una caja metida en otra que a su vez estaba presa en otra mayor. Los enormes ojos de la gata refulgieron en la oscuridad. Me miraban fijamente. Extendió las patotas delanteras hasta apoyarlas en el borde de la caja exterior. Se estiraba. Con toda la calma del mundo se estiraba. Y al hacerlo bajó la enorme cabeza. Me vi reflejada en aquellos pozos líquidos que me seguían mirando. Abrió desmesuradamente la boca. Su olor a bacalao me llenó de asco. Vi acercarse los punzones blancos de sus colmillos.